

COLOMBIA: ACCION CUESTIONADA

Juan José Monsant

El pasado 6 de noviembre un grupo de militantes del movimiento político-guerrillero M-19 tomó por asalto la sede del Palacio de Justicia de Colombia, ubicado en la fachada norte de la Plaza Bolívar. Se estima que el número de combatientes no regulares involucrados directamente en la acción fue de 35, quienes poderosamente armados, tomaron cerca de 200 personas como rehenes, entre ellas la mayoría de los magistrados que habitualmente laboran allí, tanto los de primera instancia como los de apelación y los de la Corte Suprema de Justicia, incluido su Presidente.

EL MOVIMIENTO 19 DE ABRIL

Quince años antes, la coalición liberal-conservadora conocida institucionalmente como Frente Nacional, lleva a la presidencia de la República al conservador Misael Pastrana Borrero, en medio de un proceso electoral controvertido, en el cual algunos analistas políticos habían otorgado el triunfo al General Gustavo Rojas Pinilla, líder de la Alianza Popular Nacionalista (ANAPO) y a quien, presumiblemente, los dirigentes liberales y conservadores en complicidad con las Fuerzas Armadas Nacionales de Colombia, le impidió el acceso al poder por medio del sistema electoral. La base social de la ANAPO estaba constituida por antiguos militares compañeros de Rojas Pinilla, una izquierda moderada con mucho populismo y buena parte del sector social deprimido, cansado de la oligarquía del Frente Nacional y su sistema bipartidista actuando a espaldas de la mayoría de la población. Una facción de la ANAPO, principalmente la formada por los cuadros militares medios, profesores, estudiantes y funcionarios públicos, descontentos por lo que ellos consideraban un fraude electoral y ante la perspectiva de un fortalecimiento de los partidos tradicionales, optan por la lucha armada y crean el Movimiento 19 de abril (M-19) fecha del presumible desconocimiento del triunfo. El M-19 se declara nacionalista, popular y desligado de cualquier organización marxista. Muy pronto gana las simpatías de los sectores marginados urbanos e ini-

cia una serie de acciones espectaculares tendientes a ridiculizar al Estado y sus fuerzas represivas, no acostumbradas a combatir este nuevo movimiento perfectamente organizado. Secuestros, asaltos a bancos, a emisoras de radio y TV, sin pérdida de vidas humanas, le crean una atmósfera favorable, casi mítica que le hacen captar importantes grupos juveniles de las más variadas tendencias.

El robo de la espada del Libertador; el robo de las armas del Cantón Norte, la más protegida guarnición militar de Bogotá y el asalto a la Embajada de la República Dominicana, le crean al M-19 una leyenda de arrojo e invencibilidad que preocupa hondamente a las Fuerzas Armadas, y los conduce a considerarlos el enemigo primero a vencer. Los otros grupos guerrilleros de influencia marxista como las FARC, ELN, MOIR, MAO, ELN, con basto dominio en las áreas rurales, sienten amenazada su influencia por la paulatina penetración en los sectores campesinos por parte del M-19, ya con estrategia propia para el alcance del poder, diferente y separada de aquellos. A finales de 1981, un grupo de combatientes del M-19 desembarcó en la intendencia del Putumayo, frontera con el Ecuador. Este grupo de guerrilleros venía de embarcarse en Panamá y estaba dirigido por el célebre Comandante 1, Rosenberg Pabón Pabón, quien dirigió la toma de la Embajada Dominicana en febrero de ese mismo año, reteniendo en su interior a más de quince embajadores y una docena de cónsules de distintos países. Como se recordará, la toma culminó una vez que el gobierno accedió a algunas peticiones formuladas por los secuestradores; el gobierno de Turbay permitió la salida hacia Cuba y el proceso terminó en forma incruenta para guerrilleros y rehenes. Nadie en aquél entonces pensó que el principio de la autoridad del Estado se resquebrajó; todo lo contrario, fue celebrado con gozo la solución no sangrienta.

Con mucha seriedad se llegó a afirmar que fue el mismo gobierno panameño quien denunció a las autoridades colombianas el sitio y la fecha aproximada del desembarco guerrillero en el Putumayo. Pocos días después de efectuarse, el ejército logró diezmarlos; muchos murieron en combate, entre ellos la Comandante Chiqui o Comandante 9, segundo

en el mando de la toma de la embajada dominicana; otros huyeron hacia el Ecuador, donde el ejército de ese país les capturó y entregó a las autoridades colombianas. Posteriormente el presidente Jaime Roldós moriría en un extraño accidente de aviación, suscediéndole, por mandato de la constitución ecuatoriana, su vice-presidente, Dr. Oswaldo Hurtado Larrea. Al margen de la denuncia, supuesta o no, otra de las causas de la derrota del Putumayo, fue la escasa preparación para el combate en zonas rurales, pues hasta ese momento su acción se circunscribió, fundamentalmente, a las ciudades.

LA POLITICA DE PACIFICACION DE BELISARIO BETANCUR

Cuando en 1982, Belisario Betancur llega a la presidencia de la República de Colombia, se propone, entre otros proyectos, darle movilidad a su país a través del desmantelamiento de la cerrada oligarquía económica y, pacificar a la nación. De inmediato inicia los contactos necesarios con las distintas agrupaciones subversivas, a fin de llegar con ellos a un diálogo nacional, que permitiera el cese al fuego para lograr algunos compromisos de entendimiento comunes. Para esta labor contó con el apoyo y prestigio del Premio Nobel, Gabriel García Márquez. Muchas horas se emplearon en las aproximaciones y discusiones y en vencer las desconfianzas naturales entre hombres de gobierno y hombres de oposición armada. Finalmente, el 24 de agosto de 1984 en la población de Corinto se firmó el Acuerdo de Cese del Fuego y Diálogo Nacional entre el M-19, el M-L, el ELP y la Comisión de Negociación. Iván Marino-Ospina y Alvaro Fayad, jefes del M-19 suscriben el acuerdo con Bernardo Ramírez, Enrique Santos y Laura Restrepo. Fue día de fiesta en Colombia; cohetes, papeillos, bandas musicales, banderas, se dejaron sentir y ver en toda la nación. Belisario Betancur sintió haberse ganado su puesto en la historia y el efecto de su pueblo, y así lo entendió la comunidad internacional. Sólo las Fuerzas Armadas, la oligarquía económica de Bogotá, Cali y Medellín, junto a las más antiguas guerrillas ideológicas, las FARC, brazo armado del Partido Comunista, observaron con recelo y esperaron.

Belisario Betancur intentó realizar

un cambio desde arriba, creyó contar con su buena disposición y con el respaldo de su pueblo; pero la férrea estructura social no fue desmantelada; allí se gestó el fracaso de su administración; simplemente no le iban a dejar hacer y no le dejaron hacer.

No todos los guerrilleros se acogieron al Diálogo y por supuesto aquellos que lo hicieron se negaron a entregar las armas hasta que se consolidara el proceso; desde ese entonces se inició una serie de violaciones del acuerdo de cese del fuego y de acusaciones de ambas partes de que el llamado Diálogo Nacional sólo era una mera carta de intención sin destinatario alguno. La culminación de ese fracaso fue la acción realizada el pasado 6 de noviembre, cuando un comando de aproximadamente 13 combatientes tomó por asalto el Palacio de Justicia de Bogotá, con el fin de hacer conocer al mundo el fracaso de la política de pacificación, por la constante violación por parte de las Fuerzas Armadas. Otra de sus exigencias fue la de transmitir un comunicado en donde se narraban hechos concretos y secuenciales de atropellos que impidieron la continuación del diálogo acordado.

DEMOCRACIA RESQUEBRAJADA

Lo que sucedió después es conocido por todos; los cables internacionales y las posteriores declaraciones de dirigentes venezolanos, ayudaron a conformarse un cuadro de opinión ya trazado. La mayoría de ellos entraron en contradicción y evidenciaron las consecuencias de la doble moral: lo que fue bueno en El Salvador no lo fue en Colombia. Una vez liberada la hija de Napoleón Duarte, hasta el Presidente Reagan los recibió y felicitó por la solución incruenta del secuestro. Y ese mismo Presidente felicitó a Betancur por la firmeza de su decisión. Lo mismo sucedió en Venezuela, en donde sólo la voz de José Vicente Rangel se alzó para denunciar la presión de los militares colombianos sobre Betancur, a fin de que impartiera el orden de rescatar, a sangre y fuego, el Palacio de Justicia colombiano.

Creo que la visión atroz de un tanque atravesando las puertas del Poder Judicial, está gravada en la mente y en el corazón de todos los hombres libres del mundo. De hecho se fracturó el concepto mismo de República, porque el Poder Ejecutivo descabezó sin contemplación al representante del Judicial. Fue un delito de lesa majestad, de la misma forma como si se hubiese cometido en contra del Presidente de la República. La toma



del Palacio de Justicia, con la muerte de 90 personas, incluyendo a 11 magistrados, entre ellos el Presidente de la Suprema Corte, no tuvo justificación jurídica, ética, militar o política alguna. Simplemente fue una ejecución planificada para guardar la honra de los militares, quienes son una institución importante y vital del Estado, pero que no están por encima de los Tres Poderes; todo lo contrario, están sometidos a la decisión de estos. Pero hay más, se conoce que el ejército sabía de los planes del M-19, y precisamente el día del asalto pocos guardias custodiaban el edificio; al magistrado Reynaldo Arciniegas, señalado por los guerrilleros para parlamentar con el gobierno, se le ignoró. Los magistrados sobrevivientes se negaron a asistir a los servicios funerales posteriores, en señal de protesta por la actuación del gobierno.

Durante dos días se ejerció una dictadura militar en Colombia y desde ese momento la autoridad de Belisario Betancur está en entredicho. Ese fue el verdadero principio de autoridad resquebrajado, no el que se alegó para masacrar a rehenes y guerrilleros. Por otra parte, entre las tantas diferencias entre un régimen autoritario y uno democrático, se encuentra el respeto a la vida, el sagrado derecho a la vida por encima de cualquier circunstancia. Una democracia siempre tiene que dialogar; esa es su debilidad o fortaleza, de acuerdo al enfoque que se le de.

Hay otro aspecto que se debe tomar en cuenta para cualquier análisis, y

éste toca a la política internacional. La existencia del Grupo Contadora y su credibilidad, se sostenía prácticamente por el prestigio y la autoridad moral de Belisario Betancur. Si esta autoridad se viene abajo, como en efecto se vino, es obvio que su intermediación en Centroamérica sufrió un duro golpe. Es muy posible que se permitiera que el M-19 tomara por asalto el Palacio de Justicia y se previeran las consecuencias internas y los efectos en Contadora. Si esto fue así, es lógico concluir la influencia de los Estados Unidos en los militares colombianos; todo formaría parte de una estrategia global, en donde lo local es simplemente una circunstancia.

Las elecciones del 86 serán muy significativas; luego de los acontecimientos, es probable que el conservador Alvaro Gómez Hurtado asuma la presidencia de Colombia, alejando aún más las posibilidades del liberal Luis Carlos Galán, quien asomaba como el sucesor de Betancur en el Palacio de Narifio. Galán representa el nuevo liberalismo; está cercano a la posición de Alán García, en cuanto a la defensa de los intereses de las mayorías, el principio de la autodeterminación de los pueblos y el de no alinearse ideológicamente a ninguna potencia mundial. Esto también representaba un peligro para la oligarquía económica colombiana y para una estrategia regional, trazada fuera de nuestro contexto geográfico latinoamericano. Mientras, oramos por los muertos, los que perecieron a manos de la furia humana y por efectos de la naturaleza.